Pero en España la cosa cambia. Lo importante es matar la posible influencia de Rusia en España. Y tolerando a los fascismos, socándoles la rienda cuando empiezan a trotar el trote que no les enseñaron, Inglaterra dirige una lucha que en nada ha de perjudicarla. Por eso sólo juega con el pueblo español. Primero le organizó la alcahuetería internacional del Comité de Londres para la no intervención. Tan podrido estaba el organismo que hubo necesidad de enterrarlo en silencio. Quería Inglaterra tener concentrada en su Capital la protección de la conquista fascista. No lo pudo. Después ha querido organizar conferencias como la de Nyon y lo ha hecho cuando los fascismos olvidando que su lucha debe concentrarse en España, han querido ser los amos del Mediterráneo. Hasta ese punto no puede llegar la tolerancia del imperialismo británico con los fascismos. Por eso metió parte de su flota y le dijo a Francia que metiera parte de la suya a patrullar el Mediterráneo. Los fascismos aceptaron esta llamada de atención. Y doblaron la agresión contra España. Como les quitaron el mar pasaron a tierrra su furia demoniaca.

Siguen destruyendo al pueblo español. Hoy han dicho las agencias cavernícolas lo que los fascismos han hecho con los asturianos en Cangas de Onis. Lo han dicho a pesar de las advertencias de Inglaterria y de Francia de que no permitirán más desembarcos de mesnadas italianas y alemanas. Lo han dicho a pesar del cacareo de esas naciones honradas de que no permitirán que se destruya a España. Los fascismos se burlan de Francia y de Inglaterra porque en el fondo estas dos naciones sólo se aprovechan de esa barbarie para terminar con la posible influencia de Rusia en España. Pasan por humillaciones aparentes porque cuando los fascismos, de realizarse las esperanzas de Inglaterra y de Francia, logren acabar con el pueblo español, quienes habrán ganado no habrán sido los amos dementes sino las dos naciones honradas.

Así pensamos y ninguna fe ponemos en la ayuda que pueda recibir España de dos naciones cuyo cuidado es nada más que alejar la posible influencia de Rusia en España. A los fascismos no los temen porque los conocen débiles y sin arraigo popular alguno. Cuando ya necesiten exterminarlos de Europa entonces lo harán certeramente. Por lo pronto les son útiles y con ellos operan en España.

Por eso don Manuel Azaña ha dicho que la invasión tiene que resolverla España sola. No conviene a España la intromisión de Inglaterra ni de Francia, porque estas naciones en el fondo lo que persiguen es desviar a España de su ruta luminosa.

Los fariseismos del segundo Roosevelt son también calculados para una intervención que de realizarse será nada más que para malograr la victoria del pueblo español. Por eso decimos que esas naciones *honradas* utilizan a los fascismos en lo que éstos tienen de barbarie, con el propósito de aprovecharse ellas. Con el Japón la cosa es diferente, porque en realidad aquel imperio sí trabaja para sí. Pero esos histriones europeos son vasallos de Inglaterra. No la amenazan y con ella pueden vivir hasta que ya cansada de su rendimiento los mande al diablo. España tiene que ganar la guerra de invasión sin esperar nada de dos naciones europeas y una norteamericana que no pueden consentir que ella se organice libremente. La victoria es de España. A pesar de la barbarie fascista tolerada por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Carta alusiva

Santiago de Chile, Setiembre 15 de 1937.

Querido Don Joaquín: le mando con mis páginas sobre la actitud ejemplar de nuestro amigo Waldo Frank que el Repertorio ha contribuido a destacar, la traducción publicada aquí de un artículo de Mr. Malcolm Cooley también sobre El Proceso de Moscú. Vale la pena que usted lo inserte en su semanario, no obstante el odio declarado que el autor alienta contra Trotsky, hasta el punto de aceptar como verdades indudables las aseveraciones que él mismo en su análisis afirma que no están suficientemente probadas.

Pero Mr. Cooley se ha distinguido ya en otra ocasión por su animosidad personal contra el "comrade Trotsky" al ocuparse en una nota así titulada de Mi Vida *con cinco años de retraso, sólo para atacarlo por su falta de candor...*

A Mr. Cooley le sobra realmente esto último en el interesante alegato suyo que le envío y que no está exento, por cierto, de pequeñas concesiones al adversario del oficialismo ruso, poco frecuentes en los amigos d la U. R. S. S.

Así Mr. Cooley no puede menos que reconocer, p. e. que la adoración a Stalin es un rasgo desalentador de la vida soviética, aun cuando no le perdona a Gide su disgusto, que llama capricho, en tratándose de un mero telegrama de cortesía.

También admite Mr. Cooley conclusiones desfavorables del Proceso para la U. R. S. S. Y hasta sostiene que las pruebas demuestran que la animosidad se tornó en traición por falta de sentido democrático en Rusia; y que Stalin "no ha conseguido ganarse la lealtad de sus subalternos inmediatos como Radek y Piatakov, a quienes quería y estimaba". Olvida agregar que éstos habían traicionado a Trotsky con anterioridad o no lo cree, a pesar de los ataques de Trotsky a Radek en La Revolución Permanente.

Pero no es mi objeto polemizar con Mr. Cooley en estas líneas. Al contrario, creo que su testimonio, a pesar de su "antitrotskismo" es digno de tomarse en cuenta por muchos motivos. Nadie leyéndole dejará de ver que atribuye de pronto con todo candor un pensamiento policial de su propia mente a los revolucionarios que imagina "destruyendo lo bueno en aras de lo mejor". Lenin mismo no sale bien parado en este asunto ya que por su parte, no supo más que rodearse de una mayoría de traidores...

Claro que a Mr. Cooley no le preocupa como a Waldo Frank la clave psicológica de tantas traiciones. Se conforma con decir que los opositores han sido muy numerosos en la Unión Soviética, de grandes dotes intelectuales y con frecuencia muy adeptos a Trotsky. Acepta, asimismo, "que en ciertos períodos la razón ha estado con ellos. No hay duda, por ejemplo, —dice— que los campesinos rusos fueron colectivizados con demasiada precipitación y que Stalin debiera haberse hecho responsable en vez de culpar a sus subordinados". Pero no le exige esta responsabilidad en el período actual. Sin embargo, ¿quién más que Stalin debe responsabilizarse de tantos "espías", "traidores" y "asesinos" colocados en los primeros puestos de la industria, el ejército, el periodismo?

De cualquier modo, Mr. Cooley ofrece al final de su ensayo algunas conclusiones que me permito recomendar por su intermedio a los intelectuales que justifican una ciega lealtad a la Unión Soviética. Entre nosotros, hasta un político liberal de la talla del Dr. Lisandro de la Torre, a pesar de haber sufrido en carne propia numerosas acusaciones criminales, completamente injustas, se hace eco del entendimiento de Trotsky con Alemania y el Japón, lo mismo que el novelista perseguido Lion Feuchtwanger y con iguales pruebas.

A punto de escribirle al gran político argentino sobre el particular, he preferido no salirme de mi propio campo y dirigirme antes a usted, mi estimado García Monge. Le acompaño desde aquí en su lucha por la verdad con la admiración y el reconocimiento de siempre. ¿Ha visto usted el artículo de Jean Guehenno, La mort Inutile *en* Vendredi? *Le acompaño la traducción.* El Repertorio *está en el deber como alta tribuna intelectual, la única que nos va quedando, de no ignorar cuánto se hace por arrojar más luz sobre el trágico Proceso de Moscú en el que como dice Mr. Cooley justamente "cada uno tiene que ser testigo y declarar".*

Lo abrazo con el afectó de muchos años y quedo aquí a su disposición hasta el próximo mes de diciembre.

ENRIQUE ESPINOZA

N. de E.—Los artículos de Mr. Malcolm Cooley y de Jean Guehenno, saldrán luego, en las ediciones inmediatas.